



## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”*



# IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

## 5 – Una buena broma

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2019  
Número de páginas: 6  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 5 – Una buena broma



A la mañana siguiente, Otmân se proveyó de una tienda de tela y de todo lo necesario para instalarla, luego tomó el camino de Mahalla en compañía de los palafreneros. Unos días más tarde, ya próximos a la ciudad, Otmân montó el pabellón, cubrió el suelo de alfombras, instaló un trono en el sitio de honor y allá que se fue a sentarse, vestido con el manto de gala de Baïbars, y tocado con su enorme turbante; pero como Otmân tenía una cabeza muy pequeña, el turbante se le hundía hasta las pestañas. Hecho esto, llamó a Harhash a voces.

- ¿Qué quieres, *osta* Otmân?

- Vete pa Mahalla y le dices al soldao Nénars: “¡Ha llegao el Hâch Shâhûn! ¡Date prisa, ve pa saludarle!”

- ¡Ah no, eso sí que no! Escucha, Otmân, ¡con eso no trago! ¡Si se llega hasta aquí el soldao y ve que es una broma, se va a cabrear y me va a moler a palos!

- ¡Pero güeno, vaya con este chulo! ¡Entonces tú le tiés más miedo al soldao qu’a mí! ¡Tú sabes, ahora yo soy un pez más gordo qu’él! Así que, di, ¿vas a ir, o te rebano el pescuezo, bestia inmundada?

- ¡Está bien, está bien, ya voy! ¡Si mis costillares tién que sufrir, mejor me irá con el soldao!

Harhash entró en la ciudad, se fue hasta el palacio del gobernador, e irrumpió en la estancia en donde se encontraba Baïbars, rodeado de los notables de la villa.

- Y bien, ¿qué es lo que sucede? –preguntó Baïbars.

- ¡Cómo, señor, con el Hâch Shâhûn, ya en la muralla de la ciudad, y tú te quedas aquí de brazos cruzados!

- ¡Santo cielo! –exclamó Baïbars alarmado–. ¡Si se ha molestado en venir hasta aquí en persona, sólo puede haber sido por orden del sultán, y por un asunto particularmente grave!

De hecho, Baïbars comenzó a imaginarse que los notables de Mahalla, deseosos de menoscabar su reputación, le habrían denigrado ante el rey, y que éste habría enviado al visir para hacer una investigación sobre sus denuncias.

- Pero bueno, ¿qué es lo que habéis escrito sobre mí? –les preguntó.

- ¡Por Dios, no hemos hecho más que describir virtudes acerca de tu persona!

- Entonces, no entiendo nada. Bueno, id rápido a preparar la recepción, llevad el tesoro de la ciudad, y luego os venís hasta donde el visir; yo me voy a adelantar para ver de qué va el asunto.

La nueva de la llegada del visir conmocionó a toda la ciudad, la gente corría por todas partes para no perderse el espectáculo, abandonando casas y tiendas. Y los notables mandaron inmediatamente a sus cocineros hasta el campamento para preparar el banquete; luego, montaron en sus caballos y el cortejo se puso en marcha.

En cuanto a Baïbars, se precipitó a toda velocidad hacia el pabellón de honor; pero cuando llegó, se extrañó de no ver a nadie, aparte de los palafreneros que habían ido con Otmân. Echando pie a tierra, penetró en el pabellón y, quedándose cerca de la entrada, hizo una profunda reverencia ante el personaje sentado en el sitio de honor. Éste ni siquiera se dignó en levantar la vista hacia Baïbars, y guardó un silencio absoluto. Baïbars, que aún se pensaba que estaba ante el visir, se quedó inmóvil delante de él, con los brazos cortésmente cruzados.

Al cabo de unos largos minutos, el otro, sacó una mano de debajo de su manto, y le hizo una señal para que se acercara a besársela. Baïbars se quedó muy sorprendido, ya que el visir Shâhîn, tal y como él lo conocía, era el hombre más afable del mundo, y el menos soberbio y afectado.

- En fin –se dijo para sí–, debe haber una razón para todo esto. Y, además, si quiere que le bese la mano, pues ¿por qué no?

Así que Baïbars se acercó al personaje en cuestión; pero éste, en el último momento le retiró la mano, y le hizo señas de que le besara la rodilla. Baïbars se inclinó para besarle el borde de su manto; pero el otro retiró la pierna.

- ¡Ah, diablos! ¡Pero entonces qué quiere! –se preguntó Baïbars.

De repente, el otro tendió de nuevo la mano. Baïbars la cogió entre las suyas, y sintió una palma rugosa como un viejo trozo de madera, con dedos gordos como pepinos, todos renegridos y callosos.

Ahora bien, el visir, como podéis imaginar, tenía la mano muy diferente: era dulce como el algodón, de dedos finos y suaves. Baïbars, al darse cuenta de la superchería, atrapó fuertemente aquella mano y comenzó a apretarla con todas sus fuerzas.

- ¡Ayyyyy, ayyyyy, ayyyyy! ¡mamá mía! –gritó Otmân–. ¡Suéltame mala bestia! ¡que te lleve la peste! ¡Ale, s’acabó, yo demisiono, págame el quinifito<sup>1</sup>!

Y despojándose de su manto, arrojó el turbante al suelo y salió corriendo, dejando a Baïbars fuera de sus casillas.

---

<sup>1</sup> Por “finiquito”.

- ¡Bora, canalla! ¡Así que sigues con tus payasadas! ¿Pero de qué va toda esta gansada? –gritó, llevándose la mano al *lett*.

- ¡Eh, deja tu almondiguilla! ¡Asín la peste te lleve a ti, al que l’ha fabricao, y al que te l’ha pasao! ¡A ver, qué pasa! ¿Por qué no’stás contento? ¿Qué mal t’hecho yo? ¡Espera un poco que t’explico!

- De entrada, ¡dime dónde está el visir Shâhîn!

- ¡El Hâch Shâhîn soy yo! –respondió Otmân muerto de risa–. A ver, dime, rubito, ¿no’staba yo de lo más guaperas con mi turbante?

- Me refugio en Dios contra las asechanzas de Satanás –suspiró Baïbars levantando los ojos al cielo–. Pero vamos a ver, ¿por qué has hecho esto?

- Je, je; anda, siéntate n’el trono, colega, ¡y fíjate bien en to lo que t’he traído! ¡Después, ya me pués besar la mano, y de los dos laos!

- ¿Y por qué?

- Pero güeno, ¡tú es que no t’enteras de na! ¡menúa cabeza chorlito! ¡Mira, aquí tiés un pelpa el bos Sâleh como que t’hace regalo de toa Mahalla, en bloque [y le alargó el firman], y andemás aquí tiés un manto d’honor y un *taylajân*, padrecito, y a más y a más, aquí’s tá’l recibo con toa la pasta el impuesto e Mahalla, que nos l’ha regalao, y la he dejao en tu casa, n’el serrallo el Badzif<sup>1</sup>, y pa rematar: toma, un pelpa el Hâch Shâhîn! Así que, dime colega, ¿m’he mereció que me beses la mano, sí o no?

- Tengo que reconocer que a veces tienes buenas cosas –admitió Baïbars riéndose.

Abrió la carta del visir Shâhîn; éste le informaba de las iniciativas de Otmân, de la historia de las cabezas y del resto, comunicándole su aprobación. “Cuida bien de Otmân –le decía al acabar la carta–, pues sólo gracias a su intervención, obtendrás el éxito.”

- Pero a pesar de todo, ¡me has cubierto de vergüenza a los ojos del rey y del visir! –exclamó cuando acabó de leer la carta–. ¿Es eso lo que yo te había dicho que hicieras?

- Bueeno; verás, yo fui a ca el visir, el Hâch Shâhîn, y me dijo no sé qué, y claro, pos al día siguiente me levanté mu temprano y me dije: “¿Y por qué no me los llevo a dar un paseo por las calles?, ¡pa qu’el Nébak y el cadí los vean y revienten de rabia!”. ¡Vaya, pos que yo m’había olvidao de to, igual que tú t’has olvidao, amigo mío!

- ¿Yo? ¿Y qué es lo que yo me he olvidado?

- Pos mira; t’has olvidao lo que dijiste la primera vez que viniste a Mahalla, muchachillo. Tú habías prometío ant’el güen Dios que si t’apiolabas al Jidr La Verdura, y te cargabas a los duinosbe<sup>2</sup>, ibas a dificar<sup>3</sup> un puente e piedra. “Y entonces –ha dicho el bos Sâleh–, ¿Promete y no cumple?”. Pos sí, mi soldaíto, yo’stoy al corriente, el bos

<sup>1</sup> Por “Bâdís”; el Serrallo de Bâdís es el palacio que tiene Baïbars en El Cairo.

<sup>2</sup> Por “beduinos”.

<sup>3</sup> Por “edificar”.

Sâleh está al corriente, y sólo tú no t'enteras de na, ¡eres un piazo zopenco! Así que ya ves; tú t'has olvidao una cosa, y yo, m'he olvidao otra; pero la tuya es peor.

- ¡Por Dios que tienes razón, *osta* Otmân! Se me había ido completamente de la cabeza, no puedo negarlo. Lo único es que has revuelto a los notables de Mahalla, porque se imaginaron que había llegado el visir.

- ¿Y? ¿Es qu'el Hâch Shâhûn va a ser mejor que tú? To esto lo he hecho a propósito, pa que vengan a recebirte y t'acompañen a entrar en la ciudá con to el "tralalá"; ¡asín el cadi y el Nēbak revienten d'envidia!

En esas estaban Baïbars y Otmân, cuando los notables, que acababan de llegar, penetraron en el pabellón. Extrañados de no hallar allí más que a Baïbars, le preguntaron que dónde estaba el visir.

- Mis pobres amigos –respondió Baïbars–, no hay tal visir; ¡ha sido otra estúpida broma de Otmân!

- ¡No, no –protestaron los notables–; ha hecho muy bien!

Al ver su *taylajân* y su manto de honor, se apresuraron en felicitarle, congratulándose, asimismo, cuando se enteraron de que Baïbars había recibido Mahalla como gobernador a perpetuidad. Mientras tanto, se habían degollado los corderos y preparado el festín; comieron hasta saciarse, bebieron su buen café, y luego montaron en sus cabalgaduras. Las tropas formaron un cortejo, y Baïbars, vestido con el manto de honor y función, y portando el *taylajân*, hizo su entrada solemne en la ciudad, bajo los vítores de la gente, y en medio de una celebración, cuyos festejos quedaron para siempre reflejados en las crónicas de la ciudad.

Llegado a la sede del gobierno, reunió a su consejo en sesión plenaria y dio lectura al firman por el que se le entregaba la ciudad.

- ¡Bendito sea, pues es digno de ello! –respondieron los asistentes–. ¡Pueda Dios concederle el gozo eterno y nos permita disfrutar de la presencia de nuestro señor!

- Me gustaría informaros –prosiguió Baïbars– de que tengo la intención de proceder a la demolición de la vieja pasarela de madera y reemplazarla por un puente de piedra.

- ¡No te molestes en hacer eso, emir Baïbars! –le dijeron los notables–. Muchos otros lo han intentado antes que tú, y han perdido tiempo y dinero. Todo lo que construían durante el día, se venía abajo durante la noche; a la mañana siguiente no quedaba nada en pie.

- ¡Pues bien, yo no me creo nada de eso! He solicitado especialmente, y obtenido, el permiso del rey El-Sâleh, y ahora no me puedo echar atrás.

- Que sea como tú quieras.

A la mañana siguiente, Baïbars mandó a buscar albañiles y canteros, y les expuso su proyecto: fijó el número y la forma de los ojos del puente y de los pilares, y les proporcionó numerosos croquis. Se pusieron a trabajar de inmediato y comenzaron a excavar los cimientos, después de haber desviado la corriente del canal. Una vez hecha la cimentación, pasaron a tallar las piedras y a construir los pilares. Era una obra sólida: todas las piedras iban selladas con cal, yeso y mortero.

Todos los días, Baïbars hacía que les llevaran tres comidas a sus expensas: desayuno, almuerzo y cena. Y, además, les había dado permiso para detener los trabajos en las horas de la oración, con objeto de que pudieran cumplir con sus obligaciones ante Dios, pues toda esta edificación se encuadraba en el marco de las llamadas “obras pías”. De hecho, todos los trabajadores eran pagados con largueza; maestros de obra y cuadrillas cobraban vez y media más del salario habitual. Todos los días, Baïbars iba a visitar la construcción y a inspeccionar los trabajos.

En esas condiciones, levantaron rápidamente los pilares (veintiocho en total); ya sólo les quedaba montar los arcos de los ojos del puente. Pero una mañana, al llegar a la obra, encontraron todo patas arriba; no quedaba piedra sobre piedra. Baïbars, furioso, se puso a regañar a los albañiles:

- Pero vamos a ver ¿qué manera de trabajar es ésta? ¿Habéis saboteado el trabajo, o qué?

- Por Dios, emir Baïbars, ¡nos hemos esforzado al máximo! Hemos trabajado lo mejor que hemos podido, no sabemos hacerlo mejor.

Baïbars no quiso obligarles a reembolsar el dinero que les había dado; habría sido muy duro para aquella pobre gente, que no tenía un céntimo.

- Está bien –dijo Baïbars– digamos que la culpa ha sido la mala suerte: ¡La fuerza sólo está en Dios, el Altísimo, el Todopoderoso! Por esta vez, pase, ¡pero la próxima vez procurad trabajar con un poco más de cuidado! –Pues Baïbars seguía pensando que se había tratado de un defecto de la construcción.

Los obreros volvieron de nuevo al tajo; retiraron las piedras estropeadas por la caída, pulieron las otras; hicieron los cimientos más profundos, y comenzaron todo desde el principio... pero de esto seguiremos hablando más adelante.

\*\*\*\* \* \* \* \* \*

Próximo relato de “La cabalgada de los Hijos de Isma’il” ...

7 - “¿El arrepentimiento de una pecadora?”